

## A la muerte de don Luis Orrego M.

No sé si fue o no fue sepultado Luis Orrego Molina en el Cementerio General. Para mí todo lo que atañe a ese poeta, súbitamente fallecido, es inseguro. Todo en él me parece irreal, incluso hasta esa ocasión en que nos hicimos amigos. Sencillamente, cuando le conocí, me pareció cara conocida: un rostro cotidiano; ni señorón ni mostrengo: bajo de estatura, algo de acetato en las facciones; ojos mopeos que los vidrios ópticos querían disimular. "Hola, qué tall!", fue toda su carta de presentación. Y desde entonces nos vimos constantemente en esos trajes por el caserón de "El Mercurio", del cual hoy sólo queda la fachada en la esquina de Compañía con Morandé.

Sanglar personaje Luis Orrego Molina, para mí de súbita actividad. Me enteré de otras fuentes que había hecho rea-

los jornadas de periodismo, y escalado lo que se puede trepar en el duro oficio. Entregaba amarillentos originales a Luis Sánchez Latorre, entonces nuestro jefe de redacción. Un día se perdió. Lo creí muerto. Un automóvil, en el intento nocturno de cruzar el la Alameda, lo había atropellado. Isto "yo" mal. Retornó al tiempo después afirmado en un bastón ortopédico. Venía a despedirse. Se iba al Puerto. Así estuvo, entre esporádicas visitas, hasta ese triste e

Fue un accidente malhadado aquél, que influyó muy negativamente en la existencia poco venturosa de ese poeta. El era de los bordos peripanácticos, acostumbrado a las mañanas largas y sin tregua. Para llegar hasta el diario lo hacía después de bravas jornadas, iniciadas a temprana hora desde la monotonía gris de sus confines de Yungay. "Las Últimas Noticias" parecía serle

alero acogedor, o bien llegaba hasta allí a disfrutar de las peñas literarias en que se convertía la Redacción del diario bajo la égida amena de Luis Sánchez Latorre.

Hablabamos de libros y de autores; un poco de política, de los sombríos nubarrones que inquietaban el ánimo convencional. A veces nos sumergíamos en el pasado, de antes del Metro. Recorralbamos a la calle Bandera, al "Ciclista", a "La Antofiana", a la viejísima "Pojena". Sánchez Latorre recordaba con nostalgia los sabrosos caldos de cabeza de las Pérez Caro (las Pérez Galdós literariamente). Hasta ahora me parece sorprendente que en la pequeña sala cupieran tantos congregados. Solíamos estar Horacio Baschini, Hugo Goldsack, Wilfredo Mayorga, Mario Cánepa, Saval y el fallecido escritor Juan Domoso. A veces tomábamos visitas y aparecía el volúmenoso vate Enrique Volpe, o Ariel Le-

portati, o ese caballero de antiguo empaque que es Armando Díaz Jafa.

Eran reuniones simpáticas y pacífistas, solamente alteradas cuando aparecía el doctor Drigirina con su iconoclastia a cuestas. Luis Orrego Molina poco hablaba. Repartía entonos sus días en descubrir autores antiguos y visitar a sus amigos artesanos que exponían en el Parque Forestal.

¿Qué más podía decir en torno a lo circunstante de Luis Orrego Molina? ¡Ah, era poeta y le escribía a una impalpable amada! Y también puedo advertir que hay una graciosa forma de acercársele. Basta ir al "Cuchi", un animado bistro de San Isidro, primera cuadra desde Alameda, a orilla oriente. Allí dejó, en la pared, sentidos versos que le inspiró el cuclillo mecánico de un viejo reloj de péndulo.

• Prudencio Navarro

*Las Últimas Noticias Santiago  
24 enero 1983 p.26 8112*

# A la muerte de don Luis Orrego M. [artículo] Prudencio Navarro.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Navarro, Prudencio

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

A la muerte de don Luis Orrego M. [artículo] Prudencio Navarro.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

